



¡HAY QUE VIVIR!

¡Hay que vivir! Tal ha sido la fórmula del imperativo categórico económico, no del moral. Pero económico tomando la economía en el amplio sentido en que la define Benedetto Croce. ¡Hay que vivir! es la fórmula de lo que podríamos llamar la técnica de la vida, la vida por la vida misma, sin otro fin ulterior a la vida misma. Una vida intensa, si se quiere —*the strenuous life* que diría Teodoro Roosevelt, el formidable imperialista, que acaso por celos y espíritu de competencia se siente ahora germanófilo— una vida intensa, pero una vida que reposa en sí misma y que no contempla ni aspira a nada allende la vida misma.

¡Hay que vivir! O dicho en francés: *il faut vivre!* A lo que se le añadió como complemento: *il faut vivre sa vie!* ¡Hay que vivir su vida! ¡Naturalmente que la suya! No va uno a vivir la vida de otro. Pero esa fórmula, que parece una perogrullada y que hizo suya un famoso apache cuando se le estaba juzgando, ¿es el apotegma supremo de toda una... moral? ¡Moral, no! Más bien de toda una vividuría. No es la fórmula de la virtud en la vida, sino de la *virtuosidad* de la vida. Así como hay hombres virtuosos que viven, hay virtuosos de la vida, pero en el sentido de los virtuosos del violín.

¡Ser o no ser! *to be or not to be!* He aquí otra fórmula en el fondo equivalente: Porque no es ser o no ser en sentido abstracto, sino ser yo o no serlo. El convertirme en piedra o en árbol o en otro hombre es lo mismo que dejar de ser. ¡Ser o no ser! significa defender su personalidad cada uno. Para mí no ser yo es lo mismo que dejar de ser, que no ser nada. Y así un tigre, si no le dejan ser tigre y le obligan a comer heno o a pastar alfalfa como a un toro, es lo mismo que si le mataran.

Correspondiente sentimiento monista del universo y de la vida, esas sentencias de «¡hay que vivir su vida!» y «¡ser o no ser!» alcanzan trágicas lontananzas hacia dentro de la conciencia. Trasladadas a la moral, tienen unas consecuencias incalculables.

Dicen que el Káiser Guillermo II ha dicho: «¡queríamos vivir!» y a cada momento repiten los alemanes que lo que quiere su pueblo no es sino vivir su vida. Y vivir su vida es para él expansionarse y crecer a costa de los demás, devorándolos. Es un pueblo carnívoro, un pueblo de presa que no puede seguir siendo él sino devorando a los otros pueblos, sometiéndolos a su modo de ser, haciéndolos sus servidores, aunque él diga sus colaboradores. No ya *homo homini lupus* que dijo Hobbes, sino *homo hominis canis*. Lo que Ostwald llama organizar a Europa, no es sino domesticarla enjaulándola.

El imperialismo es toda una moral. Una moral desde el punto de vista pagano; una inmoral desde el punto de vista cristiano. Y el imperialismo hizo estragos antaño en Francia; los hizo después, no hace aún mucho, en Inglaterra, cuando la política de Mr. J. Chamberlain y la literatura jingoísta de Rudyard Kipling; los hace en los Estados Unidos—el mismo kaiseresco y hoy germanófilo Roosevelt dijo que la primera obra de su pueblo era establecer la supremacía de su bandera—y su fruto germánico se está viendo en esta guerra. La cual plantea una honda crisis moral a la humanidad.

La concepción filosófica alemana desde hace mucho ha propendido, en medio de fluctuaciones, claro está, al monismo. Lo que se llama panteísmo no es sino una concepción monista. Lo mismo da decir que todo es Dios, como que no lo es nada; lo mismo da decir que todo es materia, como que todo es

espíritu; lo mismo da decir que todo es substancia, como que todo es accidente; lo mismo da decir que todo es sueño, como que todo es realidad objetiva, hasta los sueños. Las posiciones absolutas se identifican. Pero esta posición monista tiene en su derivación a la ética una terrible virtud, y es que lo justifica todo. No van, pues, tan descaminados los que buscan entre las causas espirituales de la actual guerra, y sobre todo de la paradójica ética, o más bien, técnica inmoral, que a su preparación y su ejecución han aplicado los alemanes las doctrinas del idealismo absoluto, o sea, del monismo de Hegel. El que enseñó que todo lo real es ideal y todo lo ideal real, enseñó con ello a justificarlo todo.

Hay, por otra parte, un aforismo francés terriblemente intelectualista, y es aquel que dice: *tout comprendre c'est tout pardonner*; comprenderlo todo es perdonarlo todo. Me parece muy fácil que los franceses lleguen a comprender esta guerra y los procedimientos en ella usados por los alemanes; pero me parece muy difícil que, aun comprendiéndolos, lleguen a perdonarlos. Y es que el hombre es algo más que inteligencia. El mismo Anatolio France, el último gran apóstol del perdón universal y escéptico, ha tenido que cambiar últimamente de tocata. Ha debido de comprender que entre el todo perdonar del *je m'en fichisme* escéptico y la predicación del odio—como hacen los alemanes respecto a Inglaterra—hay su medio. Más acertado anduvo aquel espíritu estrecho y corto que fue Zola, el del «*J'accuse*», cuando tituló a uno de sus libros: *Mes haines*, Mis odios.

Hay, digo, una ética, llamémosla así, monista, una ética que lo convierte todo en fuerzas naturales, para la cual la guerra es un fenómeno del mismo orden que un terremoto o una galerna, y esa ética es la